

EL RATÓN PÉREZ

J.I. 1º

Entre la muerte del rey que rabió y la llegada al trono de la reina Mari-Castaña, se sabe que reinó un rey ...

Sucedió un día que, comiendo el rey unas sopas, se le empezó a mover un diente. Se alarmó la corte entera, y llegaron todos los médicos de cámara. El caso era grave, pues había llegado para Su Majestad la hora de mudar los dientes.

Se reunió en consulta toda la Facultad, y se decidió al final sacar a Su Majestad el diente. Los médicos quisieron anestesiarle, pero el rey Buby era animoso y valiente y se empeñó en afrontar el peligro cara a cara. Quiso, sin embargo, rezar antes, porque lo mismo puede escaparse el alma por la herida de una lanza que por la mella de un diente.

Le ataron al suyo una hebra de seda encarnada, y el médico más anciano comenzó a tirar. Hizo el rey un pucherito y saltó el diente tan blanco, tan limpio y tan precioso como una perlita. Lo recogió en una bandeja de oro el gentilhombre de guardia y fue a presentarlo a Su Majestad la Reina.

Esta señora, muy amiga de la tradición, resolvió que el rey Buby escribiese a Ratón Pérez una carta y pusiese el diente debajo de la almohada, como han hecho todos los niños desde que el mundo es mundo.

Se acostó aquella noche más temprano que de costumbre. Puso con mucho cuidado debajo de la almohada la carta con el diente y se sentó encima, dispuesto a esperar despierto a Ratón Pérez.

Ratón Pérez tardaba, y el rey Buby abría mucho los ojos luchando contra el sueño que se los cerraba. Se los cerró por fin, el cuerpecillo resbaló buscando el calor de las mantas y la cabecita quedó apoyada en la almohada.

De pronto, sin ruido, una cosa suave le rozaba la frente. Se incorporó de un brinco y vio sobre el embozo un ratón muy pequeño, con sombrero de paja, lentes de oro, zapatos de lienzo y una cartera roja, colgada a la espalda. Le miró el rey Buby asombrado, y Ratón Pérez se quitó el sombrero, inclinó la cabeza y, en esta actitud humilde, esperó a que Su Majestad le hablara.

—*Buenas noches ...*

A lo cual responde Ratón Pérez:

—*Dios se las dé a Vuestra Majestad muy buenas.*

Y con estas palabras quedaron Buby y Ratón Pérez los mejores amigos del mundo.

Se adivinaba a la legua que era éste un ratón muy educado y habituado al trato social con personas distinguidas. Su conversación era variada y sus conocimientos amplísimos. Había viajado por todas las cañerías y sótanos de la corte y anidado en todos los archivos y bibliotecas. Solo en la librería se comió en menos de una semana tres manuscritos. Habló también de su familia: dos hijas

casaderas, Adelaida y Elvira, y un hijo adolescente, Adolfo, que estudiaba la carrera diplomática. De su mujer habló poco y como de paso.

Le oía todo esto el rey Buby embobado, extendiendo de cuando en cuando la manita para cogerle el rabo. Mas Ratón Pérez ponía el rabo de la otra parte, burlando así al niño sin faltar en nada el respeto al monarca.

—Tengo que ir ahora —dijo Ratón Pérez— a recoger el diente de otro niño que se llamaba Gilito.

Era el camino peligroso, porque había en la vecindad un gato muy mal intencionado al que llamaban Don Gaiferos.

Se le antojó al rey Buby acompañarle en aquella expedición, y así se lo pidió a Ratón Pérez. Se quedó el ratón pensativo, atusándose el bigote; la responsabilidad era muy grande y, además, tenía que pasar por su casa para recoger el regalo de Gilito.

A esto respondió el rey Buby que él tendría mucho gusto en descansar un momento en casa tan respetable.

Vivía Ratón Pérez en la calle del Arenal 8, en los sótanos de la tienda de comestibles de Carlos Prast, frente a una gran pila de quesos de Gruyère, que ofrecían a la familia Pérez abundante despensa.

Loco de alegría, se tiró el rey Buby de la cama, y empezó a ponerse su blusita. Mas Ratón Pérez saltó hasta su hombro y le metió por la nariz la punta de su rabo. Estornudó estrepitosamente el joven rey y, por un prodigio maravilloso, quedó convertido en el ratón más guapo y gracioso que imaginarse pueda.

Era todo él brillante como el oro y suave como la seda, y tenía los ojillos verdes y relucientes como dos esmeraldas.

Le agarró de la pata Ratón Pérez y se metió con él, disparado como una bala, por un agujero que había debajo de la cama.

Era oscuro el camino, húmedo y hasta pegajoso. Y se cruzaban a cada paso con bandadas de diminutas alimañas que les mordían. A veces se detenía Ratón Pérez y exploraba el terreno antes de seguir adelante; lo que puso al rey Buby un poco nervioso, porque llegó a sentir desde el hociquillo hasta la punta del rabo ligeros escalofríos que le parecieron señales de miedo. Se acordó, sin embargo, de que

*el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer es ser valiente,*

y se venció y fue valiente.

Al poco entraron en una suave explanada, donde se respiraba una atmósfera tibia, perfumada de queso. Pasaron junto a una enorme pila de éstos y se encontraron frente a una gran caja de galletas de nata. Allí era donde vivía la familia de Ratón Pérez.

Ratón Pérez presentó al rey Buby a su familia explicando que era un turista extranjero. Las ratonas, que hacían labor con su aya, le acogieron con elegante soltura. La señora de Pérez bordaba un precioso gorro, al calor de un alegre fuego de rabitos de pasas.

Sirvieron el té Adelaida y Elvira en primorosas tazas de cáscaras de alubias, y luego se hizo un poco de música. Adelaida, melancólica, cantó al arpa un aria que encantó al rey Buby.

Elvira, vivaracha, cantó al piano con trágica entonación:

*En el Hospital del Rey
hay un ratón con tercianas,
y una gatita morisca
le está encomendando el alma.*

Entró en esto Adolfo, que venía de jugar al póquer con los ratones de la embajada alemana.

Con gusto se hubiera quedado más tiempo el rey Buby en aquella casa, pero Ratón Pérez, que había salido un momento, volvió y le manifestó respetuosamente que ya era hora de partir.

Se despidió el rey Buby con mucha gracia, y la ratona Pérez le plantó un sonoro beso en cada mejilla. Adelaida le tendió la pata con aire sentimental y Elvira le dio un amistoso apretón de patas. Adolfo estuvo también muy amable. Les acompañó hasta la entrada, y el joven rey se fue pensando que Adolfo podría ser muy elegante, pero que sin duda tenía sesos de mosquito.

Comenzaron de nuevo su veloz carrera. Marchaba delante un pelotón de fornidos ratones, cuyas bayonetas relumbraban en la oscuridad. Detrás venía otro pelotón armado también hasta los dientes.

Confesó entonces Ratón Pérez que no se había decidido a emprender la expedición sin aquella escolta de valientes soldados para garantizar la seguridad del joven rey.

De repente, vio el rey Buby que desaparecía el pelotón delantero por una estrecha abertura. Había llegado el momento de peligro; y Ratón Pérez, despacito, se asomó por aquel temeroso agujero. Observó un segundo, retrocedió dos pasos, volvió a avanzar lentamente, y de improviso, agarrando al rey Buby por la pata, se lanzó por el boquete, atravesó como una exhalación una extensa cocina y desapareció por otro agujero que había detrás de un fogón.

En un instante, el rey Buby había visto pasar ante sus ojos el pavoroso cuadro de aquella cocina: al calorillo de la lumbre, dormía el temido Don Gaiferos, cuyos erizados bigotes subían y bajaban al compás de su respiración ... La guardia ratonil, inmóvil, silenciosa, dispuesta a entrar en combate, protegía el paso del rey Buby ... Era imponente y aterrador ...

Cesó el peligro; ya solo faltaba subir a la buhardilla, que era donde vivía Gilito. Aquella miserable habitación estaba abierta a todos los vientos. Los ratones la invadieron por rendijas, grietas y agujeros. Se encaramó el rey Buby en una silla sin asiento, y desde allí pudo abarcar un cuadro de miseria que nunca hubiera podido imaginar.

Era aquello un cuchitril infecto. Entraba por las innumerables rendijas el viento helado del amanecer, y se veían por las aberturas del techo grandes cuajarones de hielo. No había allí más

muebles que la silla que servía de observatorio al rey Buby, un cesto de pan vacío colgado del techo a la altura de la mano, y en un rincón una cama de pajas y trapos, en la que dormían abrazados Gilito y su madre.

Se acercó Ratón Pérez, llevando al rey Buby de la pata. Al ver este de cerca al pobre Gilito, se le angustió el corazón de pena y de asombro, y rompió a llorar. ¡Él nunca había visto eso! ¿Cómo era posible que no hubiese sabido hasta entonces que había niños pobres? Ya no quería tener en su cama ni mantas mientras hubiese en su reino un solo niño que no tuviera por lo menos tres pantalones y cuatro camisas.

Ratón Pérez se secó disimuladamente una lágrima con la pata, y procuró calmar el dolor del rey Buby, enseñándole la moneda de oro que iba a poner bajo la almohada de Gilito a cambio de su primer diente.

Despertó en esto la madre de Gilito y contempló al niño dormido. Amanecía ya y le era forzoso levantarse para ir a ganar el jornal lavando en el río.

Levantó a Gilito entre sus brazos y le puso de rodillas medio dormido. El rey Buby y Ratón Pérez se pusieron de rodillas con el mayor respeto, y hasta los soldados se arrodillaron también. El niño comenzó a rezar:

—Padre nuestro, que estás en el cielo ...

Hizo el rey Buby un gesto de inmensa sorpresa al oírle y se quedó mirando a Ratón Pérez con la boca abierta. Comprendió este su asombro y fijó en el joven rey sus penetrantes ojos; mas no dijo una sola palabra.

Emprendieron el viaje de vuelta silenciosos; media hora después, entraba el rey Buby en su alcoba con Ratón Pérez.

Volvió este a meter en la nariz del rey la punta de su rabo; estornudó de nuevo Buby estrepitosamente, y se encontró acostado en su cama, en los brazos de la reina, que le despertaba con un cariñoso beso.

Creyó al principio que todo había sido un sueño; pero levantó la almohada, buscando la carta para Ratón Pérez que había puesto allí la noche antes, y la carta había desaparecido. En su lugar había un precioso estuche con el Toisón de Oro.

Lo dejó caer casi sin mirarlo y se quedó pensativo largo tiempo. De pronto, dijo con esa expresión seria que toman a veces los niños cuando reflexionan:

—Mamá... ¿Por qué los niños pobres rezan lo mismo que yo: "Padre nuestro que estás en el cielo..."?

La reina le respondió:

—Porque Dios es su Padre lo mismo que lo es tuyo.

—Entonces —replicó Buby— seremos hermanos ...

—Sí, hijo mío, son tus hermanos.

Los ojitos de Buby rebosaron admiración profunda y, con la voz empañada por las lágrimas, preguntó:

—¿Y por qué eso, yo rey y tengo de todo, y ellos son pobres y no tienen de nada?

Lo apretó la reina contra su corazón y le besó en la frente.

—Porque tú eres el hermano mayor, que eso es ser rey... ¿Lo entiendes, Buby? Dios te ha dado de todo para que cuides de que tus hermanos menores no carezcan de nada.

Y cuando el rey Buby fue ya un hombre y un gran gobernante, y tuvo que pedir a Dios auxilio en los trabajos y darle gracias en las alegrías, siguió rezando con todos sus súbditos:

—Padre nuestro, que estás en el cielo ...

Cuando murió el rey Buby, ya muy ancianito, y llegó su alma a las puertas del cielo, se arrodilló allí y dijo como siempre:

—Padre nuestro, que estás en el cielo ...

En cuanto lo dijo, le abrieron las puertas de par en par miles y miles de Gilitos, de los que había sido rey, es decir, hermano mayor, acá en la tierra...